

PRÓLOGO

DOS AÑOS ATRÁS

Taylor miró fijamente a Dean mientras este dormía a su lado en la estrecha y vieja cama de ella. Las blancas e impolutas sábanas le otorgaban un aura mística y perfecta que estaba a punto de destruir la poca autoestima que le quedaba a Taylor. La luz que entraba por la ventana abierta incidía sobre su pelo castaño claro y le sacaba unos reflejos dorados que acentuaban su belleza, capaz de competir con la del mismo Apolo.

Uno de sus fuertes brazos estaba sobre la almohada, y tenía la cara hacia ese lado. Taylor odiaba que Dean siempre fuese tan perfecto y que, al despertarse, pareciese más un modelo de ropa interior que un hombre corriente recién levantado.

Estaba deseando que se despertase para ver aquellos hermosos ojos azules mirándola, haciéndola sentirse afortunada de tener a un hombre así junto a alguien como ella.

Contuvo el suspiro que estuvo a punto de salir de sus labios y apoyó la cabeza entre las manos. ¿Podía llegar a ser más atractivo? ¿Podía algún hombre superar aquella aura de masculinidad y belleza que desprendía por cada poro de su piel?

Conocía perfectamente la respuesta.

No.

Y lo malo era que no le gustaba experimentar esa clase de sentimientos tan... extremos.

En lo más hondo de su ser sabía perfectamente que Dean no sentía lo mismo que ella. Él no la necesitaba ni la quería de la forma que ella lo hacía, pero, a pesar de todo, lo quería a su lado.

Lo necesitaba.

Llevaban cinco años de relación, y cada día que pasaba era para Taylor como una especie de milagro. Recordó con una sonrisa el día que se conocieron.

Taylor había estado trabajando en un *catering* en el centro de Nueva York durante dos años para poder ganar algo de dinero antes de ser diseñadora. Necesitaba tener fondos ahorrados por si, finalmente, su sueño acababa estrellado como su familia decía que ocurriría.

Su último trabajo en el *catering* le dio la oportunidad de conocer a Dean, un modelo cuya carrera estaba despegando. Había aparecido en vídeos musicales de algunos cantantes internacionales, y en anuncios de colonia y de zapatos.

Se había acercado a su grupo con una bandeja repleta de bebidas cuando sus ojos se habían clavado en ella con agradecimiento e interés.

Fuertes, carismáticos...

Habría mentido si hubiera dicho que a partir de ese momento él fue tras ella, porque no ocurrió así. Más bien toda su historia había sido lo contrario a lo que cualquier persona enamorada habría deseado.

A lo largo de la noche y tras ver que él no se acercaba, al terminar su turno decidió arreglarse un poco en los baños femeninos e ir hacia él con su mejor sonrisa, sacando a la superficie aquella coquetería que muchos hombres solían encontrar fresca.

Taylor siempre había tenido en su cabeza que el no ya lo tenía desde un primer momento, así que ¿por qué no intentarlo de todos modos?

Poco a poco fueron quedando con más frecuencia, tanto en la ciudad de Nueva York como en las afueras, donde ella vivía, hasta que llegaron a hacer un año. Taylor había estado deseando alcanzar el dichoso primer aniversario para poder dejar claras sus intenciones y poder decir, de una vez por todas, que aquel hombre era su novio.

Su familia comenzó a tratarla de una manera completamente distinta al conocerlo, como si Taylor hubiese conseguido ingresar de verdad en la familia. Su hermana, una persona fría que no dejaba ver sus sentimientos, se mostró hasta sorprendida.

Taylor recordaba que la satisfacción que sintió en aquel momento fue superior a ninguna otra que hubiera sentido en su vida.

Volviendo al presente, miró el despertador de la mesita de noche, se estiró perezosamente y movió suavemente a Dean por el brazo.

—Dean, despierta —murmuró—. Vamos... Tenemos que ir a la comida con mis padres.

Dean, dándose la vuelta hasta acabar tumbado boca arriba en una postura perfecta, abrió los ojos y sonrió.

—Lo sé. Entra tú antes en la ducha. Tengo que llamar a mi representante.

Intentando controlar la decepción, Taylor se obligó a sonreír.

—Había pensado que podíamos ducharnos juntos... —Pasó suavemente las uñas por el perfilado torso de él, deseando despertar en su novio alguna reacción—. ¿No puede esperar esa llamada?

Dean se incorporó de la cama y le dio un beso casto en la mejilla antes de salir del cuarto completamente desnudo.

—Quizás en otra ocasión, cariño. Esto es urgente.

Acostumbrada a aquellos desplantes, se prometió que aquello iba a cambiar en poco tiempo. Llevaban ya varios años juntos y su familia lo adoraba, y viceversa. Estaba segura de que aquella comida sólo podía conseguir estrechar los lazos que ya de por sí eran fuertes.

Todo sería perfecto.

Sonrió y, encogiéndose de hombros, fue hacia el cuarto de baño mientras tarareaba una canción.

Nada la había preparado para el hecho de que aquella sería la última comida que compartirían como pareja.

1

—Son los peores pasteles que he probado en mi vida —musitó Andrea, una de las dos mejores amigas de Taylor, poniendo cara de asco—. Buf, son horribles. ¿Los has preparado tú? He pensado hasta que estaban caducados, como si los hubieras dejado al aire hasta que se han puesto duros como piedras.

Taylor, con un delantal negro con una calavera estampada, llevó la mirada al techo de su cocina mientras sacaba otra bandeja del horno con unos viejos guantes de cocina de color rosa que odiaba a muerte. El olor que salía de allí era neutral: era como si todavía no se hubiera cocinado nada en él.

—No digas tonterías —le replicó a su amiga, y se preparó para soltar lo que estaba deseando contarle—. Voy a abrir una cafetería-pastelería en el centro de Nueva York.

—¿Tú, una pastelería?! —gritó Andrea llevándose las manos a la cabeza mientras miraba con temor la nueva bandeja que había sacado Taylor—. Dios mío, ¿desde cuándo? ¿Para eso querías que viniese, para darme esta noticia? Pues lamento decirte esto, pero te va a durar el negocio un mes.

Taylor miró a su amiga con una ceja alzada.

—Vaya, pensaba que estando con Scott te habrías vuelto más dulce, pero veo que sigues siendo igual de malévola.

Andrea había vuelto con Scott, su novio de adolescencia, después de muchos años separados, y ahora eran una pareja estable. Andrea suspiró y se colocó a su lado, enfrente de la nueva bandeja, que era de galletas. Cogió una con cuidado y sonrió.

—Sabes que te apoyaré y que iré a diario a tu pastelería. Pero no entiendo por qué quieres dejar a un lado el diseño de moda. Ya sabes, modelos guapos con los que liarte sin complicaciones... Pensaba que era tu meta laboral.

—Y yo, pero necesito hacer algo más con mi vida. —Miró la galleta que su amiga tenía en la mano—. ¿Vas a darle un mordisco o no?

—¿Vas a decirme por qué te vas a meter a pastelera? Tay, por si no te has dado cuenta, eres la mujer más moderna e independiente que conozco. Odias la cocina, los niños, los novios tiernos y el color rosa. ¿Se puede saber por qué demonios...?

Andrea se interrumpió cuando el timbre sonó dos veces.

Mirando a Taylor con cautela, esta fue hacia la puerta de su apartamento sin quitarse el delantal negro con la calavera y los guantes rosas.

La dulce y melodiosa voz de Irina, la tercera amiga del grupo, madre soltera, rusa de nacimiento y modelo de profesión, sonó junto a la infantil de Amy, su hija. La niña corrió a los brazos de Taylor para luego ir a la cocina a saludar a Andrea.

—Pero mira quién ha venido a vernos... —musitó Andrea.

—Llegas en un momento perfecto. Acaban de salir las galletas —dijo Taylor.

Irina fue hacia la cocina y miró a Andrea con duda.

—Mmm... ¿Cocinas? —Hizo una pausa y clavó sus ojos en Andrea—. ¿Cocinaba Tay? No lo recuerdo. Pensaba que lo odiaba.

El cascabel que llevaba Salem, el gato negro de Taylor, sonó desde el salón al tiempo que se escuchó también un ronroneo ronco. Amy soltó un chillido y fue corriendo hacia el salón con los brazos extendidos.

—Voy a abrir una pastelería —repitió Taylor, ahora para que lo supiera Irina. Levantó unos muestrarios de colores de pintura para paredes—. He alquilado un pequeño local, y estoy eligiendo los colores adecuados para la decoración más los muebles.

Irina abrió los ojos de par en par y miró a Andrea.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se ha dado un golpe en la cabeza mientras se duchaba o por el contrario Kevin la ha endulzado a polvos?

—¿Qué demonios os pasa? ¿Por qué tengo que haberme dado un golpe en la cabeza para que quiera dedicarme a la hostelería? Además, con Kevin solo han sido un par de polvos.

Kevin era un marine amigo y compañero de Scott. Todos sabían que estaba loco por Taylor, pero ella no parecía querer una relación estable.

—Quizás porque nunca te ha gustado, Tay. Odias cocinar.

—¡Eso no es verdad! —exclamó—. Me encantan los pasteles.

—Comértelos, no hacerlos. —Andrea resopló.

—¿Y no has llegado a pensar que quizás tenga mucho éxito, pueda contratar empleados y no tenga que trabajar yo? —replicó. Se quitó los guantes y los dejó sobre la encimera—. Una franquicia. Como Starbucks.

Irina, adoptando el papel de madre, fue hacia ella y la envolvió en un fuerte abrazo.

—Cariño, ¿te ha tocado Kevin la fibra sensible?

Taylor se separó con brusquedad, lo que hizo que la modelo rusa estuviese a punto de caerse al suelo.

—¡No! ¿Qué fibra sensible? Quiero ser empresaria... lejos de la moda.

—¿Y por qué no empresaria en otro sector? ¿Por qué en el de la hostelería? —inquirió Andrea, alejándose de las duras y calientes galletas—. No sé cómo estarán las galletas, pero he probado los otros pasteles y están horribles.

Ira se acercó a la bandeja y cogió una de las galletas.

—Quizás no estén tan malas.

Taylor asintió e hizo un gesto para que su amiga le diera un mordisco. Al hacerlo Irina, sonó un fuerte chasquido seguido de un juramento en ruso.

—Mierda... —musitó—. Creo que me he roto algo.

—Una muela, seguramente. —Andrea se rio—. Tay, soy tu amiga y te quiero, pero creo que deberías hacer otra cosa.

—No están tan malas... —Irina sonrió con esfuerzo—. Se pueden mejorar, y seguro que con una buena publicidad te haces un hueco.

—Y ahí es donde entras tú. Serás la modelo de mi campaña, ¿qué te parece? Con lo buena que estás tendré el local repleto de tíos, y Andrea, con que se traiga a los marines amigos de Scott, me asegurará clientela femenina. ¿No es perfecto?

—Eeh... Taylor... —Andrea se echó hacia atrás el largo pelo castaño—. No son amigos míos ni nada por el estilo. Ellos trabajan, es decir, no son tíos que se pongan el uniforme para provocar orgasmos por la calle y...

—¿Es que acaso vas a negarme un favor de nada? —la interrumpió Taylor secamente mientras se quitaba el delantal de un tirón—. Quiero ser hostelera, ¿por qué no me apoyas en esto?

Al ver la seriedad en el rostro de su amiga, Andrea guardó silencio. ¿De verdad su sueño era cocinar pasteles? Miró de reojo a Irina. Sus azules ojos estaban clavados en ella con reproche; ¿se habría pasado quizás?

Andrea había pensado desde el principio que iba a ser una broma, que Taylor finalmente se reiría y le diría que tantos orgasmos con Scott le habían nublado el cerebro al creerla.

Pero no, aquel momento no llegaba.

Y parecía que no iba a llegar.

Extrañada, se encogió de hombros.

—Claro que te apoyo, aunque creo que acabarás aburriéndote de esto a las dos semanas. Irina hará de modelo y yo intentaré que Scott convenza a sus amigos, de acuerdo...

—... menos a Kevin.

—Menos a Kevin, para que... Espera. —Andrea la miró con una ceja alzada—. ¿Cómo que menos a Kevin?

—Kevin está coladito por ti. Le romperías el corazón si no lo invitases —aseguró Irina.

—Ira, cállate. No me hagas sentir mal, porque no lo vas a conseguir. Kevin se queda fuera de esto y no hay más de que hablar. —Taylor cogió la primera bandeja de pasteles y los tiró a la basura sin ningún miramiento. Iba a hacer lo mismo con la bandeja de las galletas cuando sonrió y miró a sus amigos. Las dos dieron un pequeño salto, sorprendidas.

Se acercó poco a poco a ellas con una sonrisa en el rostro.

—Ya que ambas me apoyáis y habéis dicho que vais a ayudarme...

—Mmm... Eso no ha quedado claro, Tay... —dijo Andrea.

—... vamos a celebrarlo. Una galleta para cada una y... —fue hacia la nevera y sacó la leche— un vaso de leche para acompañarlas.

—¿Leche? —Andrea bufó—. Esto se pone cada vez peor. ¿No puede ser café, batido o...?

—Leche —dijo Taylor con determinación.

En ese momento entró Amy cargando con un agotado Salem, que intentaba huir de los pequeños pero fuertes brazos de la niña.

—¿Galletas y leche? ¡Yo quiero!

—Oh, yo te doy mi galleta y mi vaso de leche. Yo tengo que irme ya; Scott está esperándome —exclamó Andrea con falsa tristeza—. Bueno, otro día me invitas, Tay.

—No te preocupes, que todavía no he tirado todas las galletas. Es más, podéis hasta repetir. —Sonrió maliciosamente—. Coged todas las que queráis.

Amy gritó con alegría mientras dejaba en el suelo al gato e iba corriendo hacia las galletas. Andrea suspiró y cogió una con resignación.

—Creo que hoy no cenaré...

—No seas tan mala —murmuró Irina mientras Taylor les ponía

leche a Amy en un vaso y a Salem en un cuenco—. Igual quiere ser hostelera de verdad.

—¿Desde cuándo? Ayer dijo que pidió una pizza porque pasaba de cocinar y de que se le quedara el olor a comida en la ropa. No se puede cambiar tan rápido de opinión.

—Bueno, dale un tiempo. —Irina se encogió de hombros, moviendo su largo pelo oscuro—. Quizás acabe aburriéndose de todo esto.

—Pensaba que hoy nos invitaría a tomar una copa o algo parecido... —Andrea se llevó el filo de su galleta a la boca.

—¿A las cuatro de la tarde? Creo que esta es la hora de la merienda en el estado de Nueva York, no la de ir de copas. —La modelo rusa se rio suavemente antes de darle un mordisco a su galleta—. Déjala; quizás sea uno de sus muchos caprichos. Me apuesto lo que quieras a que en dos semanas acaba aburriéndose y lo deja.

Andrea clavó la mirada en Taylor. Su pelo rubio, en melena corta hasta los hombros y liso, caía con gracia sobre su bonito y níveo rostro. Se preguntó qué tendría en la cabeza, qué le habría hecho cambiar de opinión en cuanto al trabajo de la noche a la mañana. Taylor odiaba cocinar, y siempre compraba comida casera o precocinada, todo con tal de mantener la cocina limpia y no generar olores, ya que, según ella, eso le restaba elegancia.

Además, Tay amaba la moda. Le encantaba ir a la última, vestir a los demás, pensar en nuevas ideas de diseño mientras las horas pasaban y pasaban, olvidándose incluso de comer.

No, definitivamente aquello olía a gato encerrado.

Andrea estaba deseando hablar con Scott para preguntarle si sabía algo del rollo que se traían Kevin, uno de los mejores amigos de Scott, y Taylor, ya que Andrea no quería acosar a su amiga a preguntas sobre la relación que tenía con el marine. Si Taylor no contaba nada, ya lo haría más adelante, así que la dejaría tranquila. Se comió lo que quedaba de galleta con un buen trago de leche, intentando eliminar el ligero sabor a mantequilla quemada que le invadió la boca. Al final no estaba tan mala.

Sonrió y abrazó a sus amigas.

—Estaba riquísima, pero ahora tengo que irme.

—¿No quieres más? —le preguntó Amy.

—No, no, para ti, cariño —le dijo a la niña. Miró a Irina—. ¿Por

qué no te llevas algunas a casa?

—¡Oh, sí! ¿Podemos, mamá? ¿Podemos? —exclamó la pequeña.

—Oh... Claro —consintió Irina.

—Yo me voy. Hablamos mañana, chicas. Que disfrutéis del resto de la merienda. Creo recordar que también tienes masa de pastas en la nevera, Tay, ¿verdad?

Irina la miró con furia.

—Serás...

—¡Sí! ¡Más galletas! —exclamó Amy con efusividad.

Andrea salió corriendo del apartamento de Taylor antes de que Irina la matase, o, aún peor, antes de que Taylor la invitase a comer algo más.

Andrea entró en la casa de Scott con una gran sonrisa. Bueno, en la casa de los dos. Llevaban apenas dos meses viviendo juntos y todavía le costaba llamar a aquello *su* hogar. Su perra, Blanca, fue corriendo hacia ella, moviendo el rabo con frenesí mientras exigía caricias a ladridos.

Se agachó y la abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en el limpio pelaje. Cerró los ojos.

—Dios mío, qué bien hueles.

—¿Qué tal la merienda? Llegas muy pronto.

Andrea abrió los ojos y alzó la vista para clavarla con puro deleite sobre aquel enorme y moreno marine al que tanto amaba y que se acercaba hacia ella.

Sus oscuros ojos la miraban con ganas y felicidad, hasta provocar que un intenso rubor cubriese sus mejillas. El pelo, negro y de punta, le daba un toque juvenil que competía con la seriedad de sus atractivos y severos rasgos.

Y, poniéndole la guinda al pastel, llevaba aquel chándal negro que le quedaba como un guante. Se preguntó si debajo de la sudadera llevaría una camiseta de tirantes o de manga corta...

—¿Sales a correr?

—Sí, con Tyson.

Tyson era el enorme pitbull de Scott.

—¿Ibas a dejar a mi Blanca sola?

—Ya estás tú aquí —musitó con una pícara sonrisa. Envolvió

la cintura de Andrea con sus fuertes brazos y la apretó contra su cuerpo—. Además, si me llevo a Blanca, Tyson estará más pendiente de jugar con ella que de hacer deporte.

Andrea colocó las manos sobre sus brazos, notando sus fuertes músculos.

—Por cierto, ¿sabes algo de Kevin y Tay?

Su novio la miró con el ceño fruncido mientras aquel calor conocido comenzaba a recorrer el cuerpo de Andrea, sintiendo cada parte de la anatomía de su novio sobre ella.

—¿Me preguntas eso a mí cuando tú acabas de verla? —preguntó extrañado.

—Eehh... Digamos que la cosa no ha ido como esperaba.

—¿Qué ha pasado?

Andrea apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos, disfrutando de la cercanía. Sus manos se movieron por el cuerpo de él.

—Te lo resumiré en pocas palabras. Tay quiere ser hostelera. Lo sé, es increíble; y encima ya ha alquilado un pequeño local. Hoy nos ha invitado a una merienda en la que había pasteles y galletas que había hecho ella misma, y estaban horribles. —Se quedó callada y terminó el recorrido por el cuerpo masculino hasta llegar a las firmes nalgas. Las apretó. Sintió la risa en su pecho, contagiándola—. Eso ha sonado fatal.

—Mmm... Sí es raro. ¿Taylor cocinando?

—¡Eso es lo que no entiendo! Pero creo que incluso se ha molestado por lo poco que me he tomado en serio su noticia.

Scott olisqueó su cuello y su oreja, lo que hizo que Andrea se estremeciera.

—Es normal, nadie cambia tanto de la noche a la mañana.

—¡Eso he dicho yo, e Irina me ha reñido!

—El problema es que en vez de guardarte tus pensamientos los has mostrado, y puede que la hayas herido. Llámala y apóyala: ella lo haría. Además, no creo que le dure mucho. Quizás necesitaba cambiar un poco su vida, ¿no crees? Puede que esté cansada de la monotonía...

Andrea retiró la cabeza de su pecho y lo miró fijamente; ¿de verdad toda aquella reflexión la había hecho Scott? Parecía conocer mejor a su amiga que ella misma... Sin poder evitarlo, se sintió mal. ¿Se habría pasado con Taylor? Pocas personas sabían que dentro de aquella fuerte armadura se escondía una de las personas más sensibles

y frágiles del mundo entero.

Al cabo de unos segundos, Scott le estampó un beso entre las cejas. Ella frunció el ceño.

—No sabía que fueses tan empático.

—Lo intento. —Se encogió de hombros. La besó en los labios castamente y se alejó, antes de que ella profundizase el beso. Ella lo miró irritada—. Ahora me voy a correr antes de que se haga más de noche. Llama a Taylor y dile que estarás encantada de ayudarla. Yo puedo llevar a su local a algunos compañeros marines y...

—¡Oh, se me olvida! —Puso los dedos en la boca masculina—. No digas nada a Kevin.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Ni idea, pero eso es lo que me ha dicho Taylor. Está prohibido que Kevin se entere de nada.

—No tiene sentido. Se acuesta con él.

Andrea se alejó con una sonrisa.

—Ahora ya no eres tan empático, ¿verdad? —Se rio—. Vete antes de que oscurezca más y te resfríes.

Asintiendo, Scott se fue al jardín, donde estaba Tyson. Este salió de su caseta y ladró, saludándolo. Scott lo acarició con suaves pero firmes palmadas en el fuerte lomo. Le anudó la correa y sonrió, pensando en Kevin: estaba seguro de que aquella explosiva e hiperactiva rubia le traería muchos más problemas de los que le había traído Andrea a él.

Sin perder un segundo más, salió de la casa y echó a correr.

Taylor comenzó a recoger la cocina con una mueca. Podía sentir el olor de la mantequilla y otros ingredientes incrustados en su piel. Ni siquiera lavándose con un estropajo conseguiría desprenderse de aquel olor a comida quemada, que estaría con ella durante días y días. Mientras, su gato la miraba con la lengua fuera como si de un perro se tratase.

Dejó de limpiar el horno y se quedó sobre sus rodillas, irritadas por estar tantas horas agachada.

¿Estaría equivocándose? ¿Podría tener razón Andrea y no ser aquello más que otro de sus muchos caprichos?

Tiró la bayeta con fuerza contra el suelo, maldiciendo.

—Joder.

Quedaban apenas cuatro días para ir a la comida familiar, y poco a poco se había hecho a la idea de ir sola, aguantar el escrutinio de su familia y la mirada de compasión de Dean, como si a ella le importase siquiera que formase una preciosa pareja con su hermana Ashley.

Si por ella fuera, los mandaría a todos bien lejos.

Había pospuesto la comida lo máximo posible, hasta que finalmente no encontró más excusas para no ir.

Había sido incapaz de responder a Andrea el porqué de ser hostelera. Su pequeño taller de diseño de ropa estaba hundido, como el mismo Titanic. Siempre había pensado que su originalidad la sostendría, pero la salida de otros talleres más baratos habían hecho que sus principales clientes dejasen de pedirle encargos de un día para otro.

Necesitaba encontrar urgentemente un trabajo.

Lo único que faltaba para que su familia se riese de ella era estar en paro.

Se miró las manos y suspiró.

Estaban rojas, hinchadas y duras, como si de un muñeco de plástico expuesto al crudo sol de agosto se tratase.

—Todo esto es una estupidez.

Salem apareció en ese instante, se frotó contra sus rodillas y maulló.

Taylor sonrió y lo cogió entre sus brazos.

—Vuelves a ser el único que está siempre conmigo. —Soltó un beso en su suave y oscura cabeza—. Quizás no sea mala idea verte con un esmoquin y llevarte a la comida. Darles una peor imagen de la que tienen de mí no es posible.

Se levantó del suelo con las rodillas temblorosas, dio una patada al estropajo y se fue de la cocina con el gato. Apagó la luz y decidió que, por aquel día, ya había sido suficiente.

Lo conseguiría. Abriría la dichosa pastelería y, ¡qué demonios!, si acababa fallando estrepitosamente, siempre podría encontrar otra cosa.

En aquellos momentos era cuando verdaderamente necesitaba ver a Kevin.

Sí, era su culpa no haber formalizado la relación, pero lo último que buscaba era una pareja estable. Pensar en todos los sacrificios que tendría que hacer le provocaba mareos.

Recordó cuando tuvo que dejarse el pelo largo como el de su hermana, cuando Dean le dijo que un corte hasta los hombros otorgaba masculinidad a las facciones. Y ella, cómo no, se lo dejó largo, incluso llevó extensiones, con las que tuvo que pasar por tirones y nudos que luego tenía que deshacer durante horas.

Para ser sincera, de lo único que no se había quejado Dean había sido de su trabajo. De todas formas, Taylor no se lo habría permitido. Había marcado ese límite con fuego.

Se dejó caer como un peso muerto sobre el negro sofá de cuero y gimió de placer.

—Oh, demonios, Salem, estoy hecha polvo.

Su mirada se dirigió hacia el teléfono cuando comenzó a sonar. Sin mirar quién era, lo puso en silencio y cerró los ojos.

Solo deseaba evadirse del mundo durante unos minutos.

2

Taylor terminó de dar forma a unos pasteles y los miró después de alejarse un paso. Se cruzó de brazos.

—Son amorfos. Como mi vida sexual.

Andrea se rio y puso su bandeja al lado. Los de ella tenían forma de corazón, con un pequeño hoyo en el centro donde iría crema.

—Mira los míos, ¿no son geniales?

Taylor miró a su amiga con una ceja alzada y luego dirigió los ojos hacia el limpio delantal de Andrea con el nombre de la pastelería-cafetería, «La cafetería de Tay», en cursiva y con un pequeño pastel de chocolate al lado que intentaba comerse a otro pastel de color rosa. Al principio sus amigas lo habían definido como algo demasiado violento, pero finalmente, al ver que Taylor no iba a cambiarlo, no le insistieron para que pusiera otra cosa.

Taylor miró su delantal negro.

Estaba completamente manchado de harina y mantequilla, como si una niña en vez de una adulta se hubiese puesto a cocinar.

Bufó.

—A la mierda. Estos serán de prueba y los tuyos, para vender. —Se encogió de hombros, cogió más masa y se la dio a Andrea—. Ahora

estrellas. Quiero forma de estrella. Los corazones están pasados de moda.

—¿Pasados de moda? —Andrea soltó una carcajada—. El amor nunca está pasado de moda.

—¿Qué diablos te pasa, que te has vuelto tan rosa? —exclamó Taylor—. Dios mío, creo que voy a empezar a odiar a Don Mojabragas.

Las mejillas de Andrea se volvieron de un rojo granate. Taylor sonrió con satisfacción.

—No sé ya cómo decirte que no lo llares así.

—¿Por qué? Ni que estuviese diciendo una mentira...

Andrea soltó un suspiro.

—Lo peor es que a veces yo lo llamo así. —Al ver la mirada de Taylor, alzó las manos manchadas de harina—. Sin querer. Voy a terminar esta masa y luego colocaré las mesas con Irina y Violette.

Violette era la nueva amiga del grupo, y, como Andrea, también era novia de un marine, Duncan.

—Muy bien.

Cuando Andrea terminó, Taylor se quedó sola mientras limpiaba la pequeña cocina del local, que antiguamente había sido una cafetería francesa. Había pasado una semana desde que Andrea e Irina habían ido a su casa a merendar.

Las dos, con un poco de persuasión por parte de Taylor, aceptaron ayudarla. A pesar de las protestas del agente de Irina, esta se hizo una gran foto promocional que estaría en la entrada de la cafetería. En la foto iba con el largo pelo negro en tirabuzones y llevaba el delantal con el logo, una falda negra de tela sencilla y tacones negros, mientras alzaba una pierna y entre sus manos sostenía un pastel hecho por Andrea.

Ya se habían pasado muchos hombres preguntando si aquella mujer estaría allí, algo a lo que Taylor había dicho que sí sin pensárselo dos veces.

Eran las cinco de la tarde del sábado y el tiempo había pasado increíblemente rápido. Llevaban allí desde las diez de la mañana. Amy había estado con ellas hasta que se cansó e Irina la llevó a casa y llamó a la niñera. Scott había estado ayudando a cargar lo más pesado y colocarlo donde fuese necesario, mientras que Dorek estaba en una escalera probando las últimas bombillas de una gran lámpara con forma de pastel que colgaba del techo.

Era increíble, pero hacía una semana y tres días que Taylor no veía a Kevin.

Quizá no quería verlo porque le avergonzaba, por un lado, la constatación de que su negocio como diseñadora hubiera fracasado y, por otro lado, el hecho de que intentaba empezar con un negocio que no tenía nada que ver con ella misma, aunque sabía que él nunca diría nada, es más, se habría ofrecido a ayudar.

El que ella no lo hubiese llamado lo cabrearía cuando se enterase, y le había parecido raro que sus amigas no hubiesen hecho oídos sordos a sus palabras y lo hubiesen llamado.

En un cuenco lleno de crema introdujo un dedo, lo sacó y se lo metió en la boca.

Gimió de placer.

—Joder, está buenísimo.

—¿Me das un poco?

Sorprendida y alterada al reconocer la voz con solo una frase, dio un pequeño salto.

Se giró y achinó los ojos, no antes de mirar de arriba abajo a Kevin Jones.

Llevaba su pelo negro de punta y sus increíbles ojos de color zafiro brillaban con picardía y... ¿felicidad? Su hermosa boca estaba ladeada en una sonrisa terriblemente sexy que hacía estragos en el débil cuerpo de Taylor.

Y para aturdirla, llevaba su hermosa perilla recortada y perfecta. Se estremeció al recordar su roce en otras parte de su cuerpo, cuando la besaba en la boca, cuando bajaba lentamente por el cuello, entre sus pechos y...

—¿Qué haces tú aquí? No recuerdo haberte invitado.

Kevin alzó la cabeza y se cruzó de brazos, lo que hizo que pareciera aún más grande.

Taylor se humedeció los labios y maldijo por que aquella chaqueta marrón le sentase tan bien.

—Tengo mis contactos.

Incapaz de mantener sus manos quietas, Taylor se dio la vuelta para fregar los cacharros cuando él la agarró de la cintura y la colocó frente a sí, pegándola a su duro cuerpo.

Taylor tragó saliva y se arqueó para que sus cuerpos hicieran el mínimo contacto.

—Las traidoras de Andrea e Irina.

—Algo así. —La mirada masculina se clavó en sus labios—. Tu boca brilla. ¿Qué comías?

—Crema. Y no queda. —Sonrió ampliamente—. Me la he comido toda. Llegas tarde... Otra vez.

Kevin sonrió con maldad, recordando una ocasión en que, en la cama de él, tras quedarse Taylor un poco más de tiempo de lo habitual, despertó y la pilló masturbándose. Cuando él quiso unirse, Taylor negó con la cabeza y susurró provocativamente «*Llegas tarde*». Él la había agarrado de los gemelos y, con una sonrisa descarada, abrió sus piernas completamente, colocándose entre ellas para empezar una nueva ronda.

Kevin cogió una de sus manos y se llevó un dedo a la boca bajo la atenta y sorprendida mirada de la rubia.

Ante el primer contacto de la lengua del marine contra la piel de su dedo una gran descarga de placer recorrió el cuerpo de Taylor. Sacudió la cabeza, negándose a que volviese a tomar el control de sus sensaciones de aquella manera.

Sus pezones, que hasta ese momento se habían comportado como si no existiesen, de pusieron duros, y sufrieron la presión del torso de Kevin sobre ellos, como si fuese una dulce tortura, aliviándolos pero dejándolos con ganas de más.

Miró los labios que habían atrapado su dedo. Las maravillas que hacían sobre sus pezones...

—¿Por qué me has chupado el dedo?

—Porque te he visto meterlo en la crema. —Le guiñó un ojo.

Taylor sonrió divertida.

—¿Y si te hubieses equivocado y hubiese metido ese dedo... en otro sitio?

Kevin soltó una fuerte y ronca carcajada que hizo que ella se riera a su vez sin poder evitarlo. Él era el único capaz de contagiársela de su buen humor y alejar las negras nubes de su cabeza.

Liberó el dedo.

—¿Te lo has metido en la nariz?

—Mmm... No. —Negó con la cabeza.

—Entonces no tiene sentido que hablemos de ello.

Se inclinó y la besó.

El cálido tacto de sus labios la hizo suspirar sobre ellos, entreabrirlos y profundizar el beso. Envolvió los dedos en su nuca, acariciando

el suave pelo mientras exploraba su boca con la lengua, pegándose inconscientemente más y más al cuerpo cálido de Kevin.

Sintió la sonrisa de él sobre sus labios, la intrusión de su lengua y sus manos en su cintura, acariciando tenuemente su piel y entrando por la camiseta.

Sus manos frías la hicieron jadear e intentar separarse.

—¡Demonios, Kevin! ¡Estás helado! —gritó.

—No por todas partes —replicó con una sonrisa sin dejarla escapar.

Taylor soltó una carcajada.

—Dios mío, te has vuelto un golfo. ¿Dónde está el hombre dulce e inocente que conocí? Te he corrompido por completo... ¿Pero sabes qué? Me gusta.

En ese momento Dorek entró en la cocina, asomando su cabeza rubia por la puerta que separaba la barra de pedir de la cocina. Sus atractivos rasgos hacían de él un hombre irresistible.

Sus ojos castaños se clavaron en Taylor.

—Listo, todo puesto.

Taylor parpadeó, sorprendida.

—¿Ya?

—Ajá. —Dorek guiñó un ojo y miró a Kevin—. Eres muy oportuno: vienes cuando no hay trabajo por hacer. —Sonrió y negó con la cabeza.

—Gracias por todo, Dorek. Os invito a merendar galletas. —Al ver el rostro de espanto del polaco, Taylor bufó. Se cruzó de brazos, separándose de Kevin—. Las ha hecho Andrea, Dorek. ¿Cómo pueden tener tan mala fama mis artes culinarias?

Kevin alzó una ceja.

—Después hablaremos tú y yo de por qué no me habías dicho esto antes.

Ella alzó una ceja.

—¿Tengo acaso obligación, marine?

Dorek se fue de la cocina y los dejó otra vez solos. Taylor se quitó el delantal y fue hacia la barra. Contempló cómo había quedado la cafetería. Las paredes eran de color negro con dibujos de pequeñas aves blancas. Las mesas y las sillas eran del mismo color de las paredes pero de aspecto antiguo, de aquellos muebles que aparecían en películas y novelas ambientadas en el siglo XIX en los jardines de las

clases adineradas. La barra era blanca y lisa. Una gran ventana dejaba ver el cielo de Nueva York con sus grandes rascacielos.

Y por último, aquella gran lámpara con forma de pastel que iluminaba tan bien.

Miró a sus amigos.

Todos estaban sentados en dos mesas unidas, hablando animadamente mientras Violette se quejaba de que nadie la escuchase, con Pearl, su perrita chihuahua, sobre su regazo.

Andrea se reía mientras hablaba con Dorek, quien estaba sentado al lado de Irina. Al otro lado de la rusa estaban Violette y, por último, Scott. Kevin se acercó y colocó dos sillas entre estos dos últimos.

—¡Chicos! —Taylor dio una palmada para llamar su atención. Todos la miraron—. Gracias por ayudarme. Ya que sé que ni en una semana habría terminado. Así que, para que veáis lo buena amiga que soy, ¡os invito a la primera merienda de mi cafetería!

Violette gimió.

—No serán tus galletas, ¿verdad? A saber qué has echado en ellas y la cantidad de calorías que tienen...

Taylor puso los ojos en blanco.

—Cállate, rubia, que sé que de todos has sido la que menos has hecho.

La aludida gimió y abrazó a su perrita.

—Perdona, pero la colocación de la lámpara con forma de pastel ha sido gracias a mí, ¡a saber dónde la habríais puesto vosotros!

—Las galletas las he hecho yo, Violette —dijo Andrea—. Y están riquísimas.

—Puedo asegurarlo. —Scott asintió.

—¿Tú qué vas a decir, si es tu novia? —La elegante rubia suspiró—. Pero las probaré. Con un té.

Taylor cogió una libreta, se volvió a poner el delantal y se recogió el corto pelo en una pequeña coleta.

Miró a Kevin y le guiñó un ojo después de abrirse un poco el escote.

—Pedidme lo que queráis.

Dorek soltó una fuerte carcajada, mientras que Scott sonrió y negó con la cabeza.

—Hoy estás salvaje.

—Siempre.

Tras tomar nota del pedido y prepararlo todo durante unos quince minutos, sin ayuda de nadie, ya que quería hacerlo sola, Taylor miró el resultado. La gran mesa oscura estaba repleta de deliciosas galletas con diversas formas y sabores, todas hechas por Andrea.

Scott dio una suave palmada en el muslo de su novia, mirándola con orgullo.

Taylor sirvió el café y las demás bebidas y, con una sonrisa, se cruzó de brazos. Todo parecía estar perfecto.

Se sentó al lado de Kevin y de Scott. Todos comenzaron a comer, disfrutando del agradable ambiente que se había instalado.

Todo iba bien cuando Dorek se aclaró la garganta y se estiró en la silla, abarcándola por completo con aquellos grandes y anchos hombros. Sus ojos castaños y cálidos se posaron en Taylor con simpatía y curiosidad.

—Y, bueno, ¿cómo es que has abierto esto, Taylor? Nunca me lo habría esperado de ti.

Andrea aguantó la risa mientras se llevaba su taza de café a la boca, aunque también parecía tener curiosidad. Los demás miraron a Taylor y asintieron.

Aguantando el calor que sentía subir por la base de la garganta hasta el rostro, señal de que se iba a sonrojar, Taylor alzó la cabeza y sonrió de manera forzada.

—Voy a cerrar el negocio de la moda. Es demasiado estresante y no puedo hacerlo yo toda sola.

—¿Y por qué ahora? —preguntó Andrea dejando la taza con cuidado sobre el pequeño plato—. ¿Por qué no hace un año, o dos?

Taylor barajó todas las posibilidades en su cabeza y descartó las que sonaban más chocantes, como que se había encontrado en plena calle al genio de la lámpara o que su gato Salem había ganado el don del habla de un día para otro.

—Me aburría hacer siempre lo mismo. —Su voz fue subiendo de tono—. Necesito cosas nuevas en mi vida, y vestir a estúpidos modelos que solo se preocupan de sí mismos me asquea, ¿está ya claro? ¿Podemos cambiar de tema o queréis hacerme más preguntas?

Todos se quedaron callados y retiraron la mirada, excepto Kevin y Violette. El primero la miraba como preguntándole algo y la segunda, con interés, sin haber pillado la ironía.

—Oh, parece más como si hubiese pasado algo. ¿Estás arruinada?

Un gran silencio invadió la cafetería. Todos la miraron.

Taylor soltó una fuerte carcajada que estuvo a punto de sacarle un gemido de dolor por el esfuerzo.

—¿Arruinada mi tienda? ¡Nunca, soy demasiado buena en ello!

—Eso es verdad. —Irina asintió, aliviada—. Es la mejor. Es más, rechaza clientes por el exceso de trabajo. —Negó con la cabeza, haciendo que algunos mechones del moño que llevaba se moviesen por su agraciado rostro—. Imposible.

Andrea asintió con contundencia.

—Arruinada yo... —susurró Taylor mirando su frío café negro. Un presagio de cómo sería su vida de ahora en adelante—. Nunca.

El resto de la tarde fue bien, excepto cuando Kevin le echaba aquellas miradas que la ponían tan nerviosa. Ella recurría al coqueteo y al descaro para hacerle sonrojar, algo que cada vez era más complicado.

Se estaba pareciendo a ella.

Todos empezaron a despedirse alrededor de las siete y media, hasta que solo quedaron Kevin y ella.

Taylor estaba apoyada en la barra, cruzada de brazos mientras observaba a Kevin despedirse de Dorek, quien llevaría a Irina en coche. Su amiga ya lo esperaba dentro, sentada.

Kevin fue hacia ella, y Taylor pensó que el que aquel atractivo marino se moviese de aquella forma tenía estar completamente prohibido.

—¿Qué murmuras? —preguntó Kevin con el ceño fruncido.

Maldición, ¿lo había dicho en voz alta?

—Nada.

—¿Qué te pasa? Estás más distante que nunca.

—Sigo igual que siempre. —Alzó la barbilla al tenerlo enfrente.

Su increíble olor masculino la estaba invadiendo, adormeciendo sus defensas.

Kevin alzó una mano y le acarició la pálida mejilla. La ternura del roce la estremeció, y se obligó a apretar los labios con fuerza. Estaba jugando sucio.

—Puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?

Esta vez se permitió relajarse un poco, todo lo contrario a cómo había estado durante la tarde.

—Sí, lo sé. —Asintió y sonrió—. Gracias por todo.

Lo abrazó por la cintura con fuerza y cerró los ojos cuando él se rio suavemente.

—Estás muy rara. ¿Sabes que es la primera vez que me abrazas sin meterme mano?

Sonriendo de lado, Taylor llevó una de sus manos hasta las nalgas del marine y apretó.

—¿Sigo siendo la misma?

Kevin la echó un poco para atrás para mirarla fijamente. La escrutó durante unos segundos hasta que Taylor no pudo aguantar más la presión y salió del cálido abrigo de sus brazos.

—¿Qué pasa?

—Taylor, me gusta que seas como eres. No necesito una bomba sexual en todo momento, ¿me entiendes?

Sí, perfectamente.

Que dejase de actuar, pero lo que él no sabía era que aquello formaba parte de su mecanismo para no desmoronarse. Había invertido todos sus ahorros en aquel estúpido negocio, y sabía que tarde o temprano acabaría estrellándose.

Su anterior negocio había tenido pérdidas hasta llegar a un punto en el que, o bien se rebajaba y perdía el cincuenta por ciento de los beneficios, o bien cerraba. Y ella, Taylor Lanson, nunca se arrastraba. Solo lo había hecho una vez, y se prometió no hacerlo más.

Miró los increíbles ojos de color zafiro de Kevin y suspiró.

—No te preocupes, son problemas familiares. Dame dos semanas y volveré a ser la de siempre.

La hermosa sonrisa que apareció en el rostro masculino la obligó a sonreír. Fue hacia él y dejó un casto beso en su boca, pero se alejó antes de querer continuar. Acarició la perilla del marine.

—Hoy estoy muy cansada. ¿Te importa si nos vemos mañana?

Ignorando la sospecha que lucía en su cara, lo volvió a besar mientras lo empujaba lentamente hacia la salida. El frío aire de la noche impactó contra su cara, y se preguntó si quizás no era buena idea dejar que Kevin la llevase a su casa.

No.

Definitivamente no. Si accedía, acabarían en la cama, y luego se echaría a llorar por la cantidad de facturas que tenía que pagar y por la comida familiar que tenía en unos días.

—¿No quieres que te lleve?

—No, te lo agradezco, pero no. Me queda un rato. Vete, anda. Y dale un beso a Jay.

Al mencionar al hijo de Kevin una gran luz iluminó los ojos del marine.

—Vale. Llámame cuando llegues a casa, ¿quieres?

Y sin darle tiempo a responder la besó con ferocidad, obligándola a abrir la boca y a aceptar la intrusión de su lengua. Ella envolvió los brazos alrededor de su cuello y se puso de puntillas, si bien le costaba estar cómoda debido a la gran altura de él.

Kevin lo entendió, ya que la agarró de la cintura y la pegó a él, alzándola.

—¿Mejor?

—Muchísimo mejor. Ahora déjame en el suelo y vete con Jay. Necesito terminar unas cuantas cosas. ¡Oh, espera!

Se soltó, entró en la cocina y cogió la pequeña bandeja de galletas que había dejado a un lado para Jay, envuelta con servilletas.

Recordó con una sonrisa la primera vez que vio a Jay. Ignorando la apremiante necesidad que tuvo de llamar a Kevin cuando regresó este con Scott y los demás marines de su última misión, dos días más tarde salía del banco tras ver los dos últimos ingresos de sus clientes cuando se encontró a Kevin con un niño de la mano que parecía tener alrededor de unos cuatro años. Los ojos de color zafiro del marine se clavaron en ella.

Dio un pequeño salto y se obligó a sonreír cuando él cruzó la calle y fue hasta ella, cogiendo en brazos al niño, cuyos ojos castaños estaban clavados en Taylor con curiosidad. Tenía el pelo negro y un saludable sonrojo en sus redondas mejillas. Sonrió tímidamente y se abrazó al cuello de su padre.

Taylor se rio.

—Vaya... Qué niño tan guapo. No se parece nada al padre —había dicho cuando estuvieron delante de ella.

—Qué de tiempo sin verte... —La sonrisa en su atractivo rostro la hizo parpadear varias veces.

—Me alegra ver que estás bien, ya sabes, que no has perdido un brazo o algo. —Una sonrisa pícara había cruzado su cara poco a poco—. Aunque, si hubieses perdido la cabeza, quizás habrías venido más cuerdo que la última vez que te vi.

Kevin sonrió y desvió la mirada, algo cortado. Ahora también había en sus mejillas un tono rosáceo encantador.

El niño, aún entre sus brazos, se rio suavemente y volvió a esconder la carita en el cuello de su padre cuando Taylor lo miró.

—Taylor, te presento a Jay. Mi hijo.

Habría mentido si no hubiese admitido que al escuchar aquello no tuvo que agarrarse a la farola. No sabía que Kevin estuviese casado. La verdad era que un hombre tan encantadoramente sexy y guapo no podía estar soltero. Era ley de vida.

Se sintió dolida y decepcionada. No volvería a estar con él, ¡estaba casado!

Se mordió el interior de la mejilla y miró al pequeño Jay. Un cálido sentimiento se instaló en su frío pecho.

—Es un niño precioso, y su nombre le queda perfecto. —Sus dedos tocaron la suave piel de Jay.

Jay la miró y decidió salir de su escondite.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro. —Kevin la estaba observando atentamente, como si hubiese estado midiendo su reacción.

No pensaba preguntarle si tenía más hijos, porque su cabeza estaba a punto de estallar. Era el primer tío que le gustaba de verdad desde hacía bastante tiempo y resultaba estar totalmente ocupado. Sí, *totalmente*.

Era un desgraciado.

Si hubiese sido un buen esposo, no se habría acostado con ella. Cerró las manos en puños y sonrió.

—Es muy guapo.

—Se parece a Claire.

Anda... Así que Claire era el nombre de su mujer.

—Seguro que es guapísima.

Un tic nervioso apareció en la mejilla izquierda de Kevin. ¿Se había pasado? No lo había dicho con ironía, y menos teniendo a Jay delante y siendo verdaderamente un niño muy guapo.

—Sí.

Con esa escueta respuesta, Taylor se había dado cuenta de que había llevado la conversación a un tema espinoso. Echándose el pelo para atrás, retrocedió un paso.

—Bueno, tengo mucho trabajo por hacer. Me alegro mucho de ver que estás bien —Dio un suave pellizco a Jay en la mejilla. El niño se volvió a esconder—. Ha sido un placer, hombretón.

Y su intención había ido salir corriendo, pero metió el tacón del zapato en la rejilla de una alcantarilla y cayó al suelo de cara.

Se levantó con una sonora maldición cuando Kevin la levantó sin poder ocultar la sonrisa. Jay, en el suelo, se reía también, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

—Anda, anda. Eres un desastre, ¿eh?

Lo miró con la ceja alzada mientras el dolor en las rodillas y en el rostro comenzaba a pasarle factura.

—Te sangra la nariz —murmuró el niño.

Miró hacia la derecha, hacia estaba un escaparate de zapatos, y se vio reflejada. Se peinó rápidamente con una mano, mientras que intentaba encontrar un pañuelo en sus vaqueros con el que limpiarse la nariz.

—No te la has roto. —Kevin le estaba ofreciendo su pañuelo—. Quédatelo, está limpio. ¿Te encuentras bien?

—Estoy perfectamente, gracias.

Y se fue, después de quitarse los zapatos para llevarlos en una mano, mientras escuchaba la infantil risa de Jay y la gente por la calle la miraba con estupefacción.

Sí, seguramente Jay no podía haberse llevado una peor impresión de ella. Con el pelo revuelto y la nariz sangrando, parecía más alguien que acababa de salir de una pelea callejera.

Pero le daba igual. Seguramente no volvería a verlo.

—¿Tay?

Taylor salió de su ensoñamiento y lo miró. Después de ese día se había enterado por Andrea de que Kevin era viudo, lo que había explicado muchas cosas.

—Perdona, me he quedado traspuesta. Toma. —Le tendió la bandeja de galletas, y le sorprendió que él la cogiese sin poner muecas ni preguntar si estaban hechas por ella o Andrea.

Esperó unos segundos, mirándolo con intensidad.

Joder, qué guapo era.

—Las ha hecho Andrea; no pensaba darle a Jay galletas mías.

Una de las comisuras de la boca de Kevin se curvó.

—A mí me han gustado las tuyas.

—¿De verdad? —murmuró.

—Sí.

—Oh... —Puso los ojos en blanco—. Supongo que no tendrás un paladar muy fino. Te llamo mañana, de verdad.

Kevin asintió y se fue. Verlo desaparecer poco a poco de su vista le trajo a Taylor sentimientos extraños que comenzaban a ahogarla. Deseaba tanto quitarse de encima el peso que cargaba... Pero no era fácil admitir que había fracasado, y aún menos cuando todos en su familia contaban con trabajos sólidos.

¿A quién quería engañar? Tarde o temprano se enterarían.

Taylor terminó de recoger el local, y, ya en la calle, estaba cerrando cuando oyó que alguien la llamaba a sus espaldas.

—¿Taylor Lanson?

Se giró lentamente, y fue incapaz de ocultar la sorpresa al ver a su alozada pero tímida compañera de instituto Grace del Rey.

—¡Grace! —Se lanzó a sus brazos y se rio—. ¡Qué de tiempo sin verte! Pensaba que te habías ido a España.

—Y así fue, pero volví. —Los ojos pardos de Grace brillaban con calidez—. Vaya... No me digas que esta cafetería es tuya.

—Eeh... Sí, mañana la abriré por primera vez.

—Vaya... Pues vendré a saludarte y a tomar algo. —Su pelo castaño oscuro ondulado le llegaba hasta el pecho, como cuando se conocieron.

—¿Qué haces de vuelta?

—Eeh... Bueno... Ya sabes por qué me fui. Después del vídeo porno...

Taylor soltó una carcajada.

—Dios mío, ¡es verdad! Nunca pensé que alguien tan inocente y tan tímida sería capaz de grabar un vídeo porno, ¡y encima tu nombre aún lo hace más chocante!

—Oh, vamos...

—¿Tus padres siguen sin hablarte?

—Pues... me felicitaron las navidades pasadas por un mensaje al móvil, ¿eso cuenta?

Ambas se rieron enérgicamente, recordando el gran escándalo que se formó cuando todos se enteraron del vídeo porno de Grace.

Al principio pensaron que había sido engañada o ultrajada, pero finalmente ella admitió haber dado su permiso para grabarse mientras mantenía relaciones sexuales con quien había sido su novio por aquel entonces, un universitario rubio de ojos azules capitán del equipo de rugby de la universidad.

Grace había estado con ella y con Andrea en el instituto. No se

habían juntado, ya que estaban en clases distintas, pero coincidieron el último año, y fue ahí cuando se hicieron amigas.

Tras el gran escándalo, Grace se fue a España, donde vivía la familia de su padre, un comandante de las Fuerzas Armadas españolas. Con dieciocho años y de un día para otro desapareció de Estados Unidos sin decir una palabra a nadie. Quizá su madre, divorciada ya dos veces, habría pensado que su padre podría reconducirla, llevarla por un buen camino.

Algo imposible.

Desgraciadamente Grace se cansaba demasiado rápido de los hombres, algo que Taylor nunca se habría creído si no hubiese sido porque lo había visto con sus propios ojos. Resultaba a simple vista demasiado tímida y sencilla.

Pero no, su interior era totalmente distinto al exterior.

—Supongo que si te pregunto por novios...

—Estoy soltera —musitó con una sonrisa—. O lo intento. Estaba liada con alguien, pero...

—No sabes cómo decirle que no quieres nada serio. —Taylor puso los ojos en blanco—. No cambias.

—¿Y tú? —Se acercó a ella y le dio un codazo—. Me enteré de que estuviste con un tal Dean.

Incómoda, Taylor se encogió de hombros.

—Rompimos.

—Oh, eres de las mías entonces —repuso Grace con una sonrisa—. No es malo, ¿sabes, Taylor? Ya sabes, solo f... —Se sonrojó.

Taylor la miró sorprendida y bufó.

—Grabas una peli porno y te da igual y en cambio te pones roja al intentar decir «follar». ¿Qué diablos pasa contigo? —Puso los brazos en jarras.

—Ya sabes cómo soy. —Grace se encogió de hombros—. ¿Te vas a casa?

—Sí, me iba ya. ¿Entonces ya es definitivo? ¿Te quedas aquí?

—Ajá. —Un fresco viento las envolvió. Taylor se estremeció—. Tengo la moto cerca, ¿te llevo a casa? Podíamos tomar algo de camino y hablar de lo que hemos hecho estos últimos años.

Pensando que quizás podría mejorar su lamentable estado de ánimo, Taylor asintió y terminó de cerrar el local. A continuación fue con Grace andando hacia donde estaba la moto de esta, cerca de un pequeño parque para perros.

—¿Cómo es que tienes una moto?

—Me tocó en una feria de un pueblo, ¿no es genial? Al principio la odiaba, pero ya estoy acostumbrada. —Abrió el asiento y sacó dos cascos; le tiró uno rosa con una gran margarita a Taylor—. Ponte el casco. Lo que menos necesito ahora es una multa —dijo poniéndose el suyo, negro.

—¿En qué trabajas, Grace? —preguntó Andrea mientras se terminaba de poner el casco y se sentaba atrás. Se agarró a la estrecha cintura de su amiga.

Grace arrancó la moto y sonrió.

—Soy escritora de novelas eróticas.